

DESVÍO A TRIESTE



Javier Jiménez

DESVÍO A TRIESTE
Rompeolas de todas las Europas

fórcola
Siglo XX

Siglo XX

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Estación Central de Milán, 1964. © Touring Club Italiano/
Marka/Universal Images Group/Getty Images

Foto de solapa: El autor en el Grand Hotel Duchi D'Aosta.

© María Luisa Massa, 2016

© Javier Jiménez, 2023

© Fórcola Ediciones, 2023

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-6706-2023

ISBN: 978-84-16247-09-7

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

*A mi padre,
Francisco Javier Jiménez Jiménez (1938-2001).
Lector barojiano y fotógrafo*

«Por un instante, cruzas en landó las calles de Trieste.
Y las aves embellecen tu sueño.»

JOSÉ CARLOS LLOP,
«Cementerio de elefantes», *Drakul-Lettre*

«Un viaje sólo merece la pena cuando lleva a la literatura.»

MAURICIO WIESENTHAL,
Orient-Express. El tren de Europa

«Ésta es mi ciudad. Aquí estoy bien.»

SCIPIO SLATAPER, *Mi Carso*

«Dijiste: ‘Iré a otra tierra, iré a otro mar.
Otra ciudad ha de haber mejor que ésta [...]’.
No hallarás nuevas tierras, no hallarás otros mares.
La ciudad te seguirá. [...]
Siempre llegarás a esta ciudad. Para otra tierra –no lo esperes–
no tienes barco, no hay camino.»

C. P. CAVAFIS, «La ciudad»

PRÓLOGO

Volver a Trieste

MANDA LA TRADICIÓN, desde tiempos del Grand Tour, que la primera vez que se llega a Venecia se haga por mar, en *vaporetto*, góndola o taxi acuático, algo que hicieron desde Lord Byron, Henry James o Henri de Régnier hasta Ezra Pound, Gabriele d'Annunzio o Peggy Guggenheim, sin olvidar el último viaje de Gustav von Aschenbach. A Madrid, cuenta Tripiello, se debería entrar siempre por el Paseo de Extremadura, «no hay otra». Para llegar a Trieste, en cambio, no hay nada mejor que el tren –a la manera de Joseph Brodsky a su llegada a la veneciana estación de Santa Lucia, cuando poco después se convertía en gato–. Y puestos a pedir, que la llegada a Trieste sea en el Orient Express, acompañados de Mauricio Wiesenthal.

Hubo un tiempo en que el viaje era un «acontecimiento», en palabras de Delerm. Este libro pretende emular el trayecto en tren que realizó el señor Giacomo Aghios (protagonista de *Corto viaje sentimental*) desde Milán a «su propia casa», su Trieste natal. Un viaje que a lo largo de las siguientes páginas, como en el caso del protagonista de la *nouvelle* del escritor triestino Italo Svevo, supone no tanto un desplazamiento físico sino estético y literario, tras el cual se revela todo un universo sentimental, mediante reflexiones, citas y comentarios sobre poesía, literatura, arte, música y cinematografía, cruzados a su vez con referencias a otros viajes, a otros lugares y ciudades italianas. Todo ello salpimentado con recuerdos autobiográficos –ustedes disculpen el atrevimiento–, que conforman gran parte de la educación estética y la constelación geográfica, filosófica y literaria del autor.

Por tanto, este libro no es un cuaderno de bitácora con las peripecias de un turista –como tampoco es una guía de viajes, y no tendría por qué tener entre sus lectores a ningún miembro de esta turbulenta tribu–. Ni siquiera aglutina las notas de un viajero, y aquí se hace inevitable recordar la distinción hecha por Paul Bowles, que diferenciaba al segundo del primero por el grado de empatía que logra con los lugares visitados, que transforman la mirada y hasta la esencia de quienes recalán en ellos: «El primero acepta su propia civilización sin cuestionarla; no así el viajero, que la compara con las otras y rechaza los aspectos que no le gustan». Dicha distinción la atribuye Richard Bassett a su tutor Gorley Putt, *alma mater* del Christ's College de Cambridge, para quien el turista «era prisionero de lo superficial y estaba condenado a que lo estafaran y maltrataran a perpetuidad»; mientras que el viajero «penetraba bajo la superficie» y era capaz de «comprender los lugares que visitaba». La clave es confraternizar con «la gente del lugar».

Pese a lo manido de esta distinción tan literaria, gracias a la cual todos los letraheridos nos las damos de viajeros y evitamos que nos confundan con un turista más –«los turistas son siempre los otros», ironiza Pfeijffer–, a estas alturas del *low cost*, los turoperadores y la economía de equipaje de mano, algunos nos resistimos a claudicar: «Nunca está del todo claro qué es lo que nos distingue de los turistas, pero tenemos la seguridad absoluta de que hay una diferencia fundamental entre ellos y nosotros, algo esencial y de relevancia existencial que guarda relación con nuestra identidad», sentencia Pfeijffer.

Somos capaces de identificar a los turistas, «un turista a secas», propone Estrella de Diego, como aquellos «seres pre-visibles en los cuales se han ido convirtiendo los viajeros clásicos desde finales del siglo XIX» hasta la actualidad, cuando «el viaje se ha hecho una moneda de cambio corriente, al alcance de cualquiera». Y aunque en Italia uno pierde la cabeza «cuando menos se espera», el turismo actual no deja de ser

«masificado, absurdo, sin alma». Presa de los nuevos usos y costumbres, el turista viaja siguiendo el itinerario marcado, como en una especie de circuito cerrado, que todos recorremos «de la misma manera», donde no se nos permite «mirar ni ver», de donde es «imposible salir, desmarcarse, quedarse». ¿Para qué viajar, entonces?, se pregunta De Diego. La magia y la fascinación del Grand Tour se han perdido definitivamente: «turismo y enigma son una contradicción en los términos».

En la «Advertencia» inicial de sus *Paseos por Roma*, Stendhal declara que «no es un gran mérito haber estado seis veces en Roma». Menos mérito tiene el autor de este libro, que quizá pueda definirse como un lector que, pese a haber visitado en varias ocasiones la ciudad adriática –no tantas como Henri Beyle visitó la ciudad eterna–, se enamoró de Trieste, de sus habitantes –lugareños, exiliados o en tránsito– y de su historia antes incluso de visitarla por primera vez, gracias a la literatura. Trieste, por encima de cualquier otro calificativo, es una «ciudad de papel», como sostiene Magris, que conforma su peculiar personalidad gracias a la literatura. «Planeta Trieste», según la fórmula de Lescouret, donde los escritores triestinos buscan su propia identidad, con una finalidad no tanto estética –«exploración de la conciencia»– como de búsqueda de una «conciencia nacional». Una ciudad que «estuvo siempre en otra parte, sin estar jamás en ninguna», presa entre dos mundos de los que participó, «sin haber obtenido jamás de ellos una identidad» reconocida y reconocible.

Trieste es un sueño, como Venecia para Von Platen, que «nos arroja las sombras de sus días antiguos»; es una invención, una quimera, una ciudad *dividida*, «atrapada entre sus nexos con *Mitteleuropa* y sus aspiraciones italianas» (McCourt). Nota: la mejor definición de «Mitteleuropa» es de Juan Manuel Bernet: «*Mitteleuropa*. Su más perfecta encarnación literaria: Sildavia. En Budapest, en Sarajevo, en Sofía, en Belgrado, en Praga [en Trieste, añadido], cuántas veces no habré reconocido

los tipos, los paisajes, las costumbres, la poesía nacidas de la ficción de Hergé».

Pese al dominio austríaco, que delata su arquitectura imperial vienesa y la opulencia de una vieja civilización *Kaiserlich und Königlich* –las siglas K.u.K. («Imperial y Real») identificaban desde 1867 la monarquía dual del Imperio austríaco y el Reino de Hungría–, la ciudad nunca dejaría de ser *italiana*, delatada «por la elegancia del urbanismo, el teatro lírico famoso y vivo, y el patriciado de abolengo», apunta Crouzet. La que fue antigua metrópolis de los Habsburgo podemos considerarla, pese a su excentricidad, *la città più italiana d'Italia*, sugiere Bassett, aunque no deja de ser «la provincia más pequeña de Italia», como recuerda Kaplan.

Es muy probable que alguno de los que la conozcan no sientan emoción alguna ante esta ciudad, actualmente italiana y *de provincias*, que ya no es lo que fue y de lo que posiblemente no quede rastro más que en la literatura, los diarios y memorias o los libros de historia. Le ocurre lo contrario que a Venecia, a la que tantas veces mencionaré en estas páginas, hermanastra y rival de Trieste, unidas ambas por un Adriático que se convierte en espejo donde una se refleja en la otra. Como nos recuerda Antonio Pau, los grandes símbolos de la poesía de Rilke –la ventana, el umbral, la balanza y el espejo– «tienen siempre dos lados». Maestro en la teoría del espejo, nuestro Ramón afirmaba que «los espejos revelan y ponen de manifiesto lo que es nuestra mentira».

Frente a Trieste, Venecia es una de las ciudades más literarias y envueltas por el mito en la tradición de los viajes europeos desde los tiempos del Grand Tour; una ciudad que no ha conocido el ocaso de su fama desde la época en que «constituía el principal puerto de embarque para los peregrinos de Tierra Santa», comenta Brilli. Rindo homenaje en estas páginas triestinas a varios libros en los que me he inspirado: de Philippe Sollers, *Diccionario del amante de Venecia*; de Juan Lami-llar, *Notas sobre Venecia*; de Paul Morand, su extraordinario

Venecias. Mencionaré muchos más, pues este libro no deja de ser el cuaderno de notas de un lector compulsivo.

La protagonista es la ciudad de Trieste, su historia, su mito y leyenda, su literatura y su arte. Trieste, «la ciudad de Europa donde me siento más europeo» –Wiesenthal *dixit*–; Triest en alemán, Trst en esloveno y croata, «la ciudad del *si*, del *ja* y del *da*», como la llamaría «el malogrado escritor triestino Scipio Slataper», en palabras de Mercedes Monmany –que tanto sabe de escritores y ciudades del exilio–. Trieste es una ciudad desconcertante para los turistas, o simplemente perfecta para los que no queremos serlo, incluso para aquellos que nunca la han visitado. Anomalía histórica y geográfica, en la expresión de Jan Morris, «Trieste es una ciudad gris que, cuando brilla el sol, despliega todo su encanto». Slataper contemplaba ese sol claro en el mar y en la ciudad, y pese a su amor por su idílico Carso, se rendía al espectáculo que ofrece Trieste cuando «se despierta en las orillas llena de colores y de movimiento».

El origen de este artefacto literario son unas breves notas que preparé para una charla-coloquio que mantuvimos Juan Manuel Bonet y yo con el pintor Alvar Haro, como clausura de la exposición de sus óleos en la librería madrileña Cafebrería ad Hoc, en abril de 2022. Aquellas notas estaban concebidas a modo de un breve diccionario. Respondían a un impulso de mi memoria emocional sobre la ciudad, que he visitado en varias ocasiones –aunque no tantas como Venecia–, así como a los restos del naufragio de decenas de lecturas sobre ella. Con Trieste me ocurre como con Venecia: por muchas veces que se la visite, «siempre se llega por primera vez» (Pfeijffer).

Animado por algunos de los asistentes de aquella velada a publicar mis notas –como mis queridos Luis de León Barga y Jordi Doce, además del propio Juan Manuel Bonet–, quizá en forma de artículo largo, durante los siguientes meses me sentí empujado a releer con atención algunos de los libros que me acompañaron durante aquellos viajes –físicos, imaginarios y literarios– a Trieste, así como a ampliar mis lecturas con

nuevos descubrimientos, siguiendo la pista, en decenas de libros, de esta «ciudad de las utopías, frontera de los imperios, lugar mágico en la geografía de las ciudades literarias de Europa» –nadie mejor que Mauricio Wiesenthal para ayudarnos a desentrañar, de forma tan poética, su esencia–. Quien recalca en sus orillas, no deja de amar esta ciudad, y como nos recuerda Slataper, «amamos a Trieste por el alma atormentada que nos ha dado».

Reiniciada la lectura indisciplinada y repetida de asuntos triestinos, recuperaré aquellas páginas primerizas e intenté abordar una escritura sistemática con vistas a publicar un libro. Pero la escritura de un editor siempre es errática, a ratos perdidos, desbordado día a día por la pulsión de leer, y condenado, cual Sísifo, a hacer equilibrios entre lo que *se quiere* editar y lo que *se puede* publicar, con tal de sacar adelante una empresa cultural en estos tiempos oscuros. Pero, como apunta Svevo, «no hay mejor modo de llegar a escribir en serio que el de garabatear algo todos los días».

Comenzada la tarea, la idea inicial de armar un diccionario se convirtió en algo menos vertebrado y rígido, para desplegarse en forma de fragmentos deslavazados que conforman las piezas de un puzle imposible de completar. Precisamente por su carácter fragmentario, estas páginas se convierten en la mejor manera de abordar el *fantasma* de la ciudad. Y con «fantasma» me refiero no tanto a la idea de *fantasía* o *imaginación* –en el propósito de rastrear en lo leído y subrayado la imagen que tantos escritores, poetas, viajeros e historiadores tienen de Trieste–, como al concepto, netamente psicoanalítico –de gran resonancia en esta ciudad que fue sede de la primera sucursal psicoanalítica fuera de Viena–, de *fantasme* (en francés, distinto a *fantaisie*) o *phantasma* (en griego, «aparición», que en latín se convierte en «fantasma»), es decir, de vida imaginaria o modo en que el sujeto –en este caso, la propia Trieste– se representa a sí mismo en su historia. A Trieste le pasa como a Venecia, «es una ciudad que ya no existe», asegura Pfeijffer:

«Es como la Troya de Eneas, una ciudad que dejó de ser y ya ha empezado su proceso de transformación en mito... dejando tras de sí el esplendoroso recuerdo de lo que fue».

Trieste –«mezcla sutil de lo extraño y lo entrañable», en palabras de Hertmans o, parafraseando a Antonio Machado, «rompeolas de todas las Europas»– y sus fantasmas recorren las distintas notas y digresiones, tan arbitrarias como personales, de este ensayo sentimental, cuyo despliegue sinuoso transita a su vez por decenas de lecturas azarosas y sin más razón de ser que la neurótica asociación de ideas del autor. Todo ello conforma esta semblanza literaria de una ciudad real –«cuya esencia es la declinación sin el reverso del apogeo» (Lescourret)– que da paso a otra invisible, que «camina con nosotros, dentro de nosotros, porque la ciudad invisible somos nosotros» (Settis), nuestras lecturas, nuestra educación sentimental.

La mayoría de estas notas responde a un detalle, una anécdota, un episodio o una intuición, un fogonazo que me permite desentrañar y describir esta ciudad *en escorzo*, esa manera castiza de hacer teoría con la que Ortega y Gasset tradujo al español la filosofía hermenéutica alemana. Este libro tiene la única aspiración de proponer un viaje literario, es decir, una explícita y apasionada invitación a la lectura y no al viaje turístico. Porque «cuando una ciudad se pliega a las exigencias del turismo, lo que hace es vender su alma» (Pfeijffer).

Trieste nos seduce porque es rompeolas de todas las Europas, les decía, la conexión de Italia con la cultura europea, porque –gracias al aura con que esta ciudad rodea los objetos y los lugares– «vive en el mito de la Viena de fines de siglo, porque representa el puente con Europa», afirma Lombardo. Trieste, finalmente, «es la intimidad de Europa central con un giro italiano-global», apunta Kaplan.

Recupero las reflexiones venecianas de Settis, citando a Plutarco, perfectamente aplicables a Trieste: la ciudad «se respetará a sí misma sólo si se da cuenta de que todavía puede

ser un todo único y continuo» y, al igual que un ser vivo, no transforma su naturaleza con los vaivenes de la edad ni se convierte en otra cosa al pasar el tiempo. Trieste evitará diluirse en la perversa espiral del turismo si sabe «conservar su espíritu y es siempre fiel a sí misma, calibrando cada cambio no en función de las expectativas de los turistas ni de la especulación inmobiliaria, sino del futuro de sus ciudadanos» –lo que ya ha ocurrido en Venecia, Roma, Madrid y tantas ciudades de la vieja Europa.

«Nadie puede amar sinceramente lo verdadero y lo bueno si no aborrece a la multitud», sentenciaba Svevo. Si están leyendo esto, háganme un favor: no viajen a Trieste. Aunque, para el que la conoce, «no es posible escapar de Trieste».